

*“No me*

**VAN A AGARRAR  
DURMIENDO”**

Publicado por  
Dharma Books + Publishing  
Colección: El vuelacercas

*No me van a agarrar durmiendo*  
Habacuc Antonio De Rosario  
Primera edición 2021  
ISBN: 978-607-99344-8-4

D.R. © 2021, Dharma Books  
Dharma Books + Publishing  
Arquitectos 51  
Escandón, 11800  
Miguel Hidalgo,  
CDMX.

[www.dharmabooks.com.mx](http://www.dharmabooks.com.mx)

Diseño de portada: Raúl Aguayo  
Diseño editorial: Jorge Fernández

Impreso en México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño tipográfico y de portada, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de la editorial.

# 1

Es temprano para entrar en la escena del crimen, hay un comando de cabrones frente al departamento. Calculo unas veinte camionetas y alrededor de cincuenta delincuentes. Reconozco al Red y a su banda de mercenarios, a Temo, el distribuidor de heroína en el sector, con toda su escolta, y a Erick Barbarie, señalado como líder de Los Centenos, uno de los brazos armados del cártel que controla la ciudad. Parece que cometí un error, y acabo de franquear a los centinelas alineados como estacas a lo largo de la calle para entrar a un pinche congreso de pistoleros. Pero ya ni modo de rajarme. Todos esperan a que salga del Challenger mostrando mi charola de ministerial investigador.

En el cenicero encuentro la bolsa con sal. Pongo un poco en la palma de la mano izquierda y formo círculos con el índice derecho. Es el ritual heredado por mi abuela para concentrar la buena suerte, ella creía en lo salado. La luz cobriza de la calle me da justo en la cara, así que los sicarios pueden ver mis movimientos. La noche de Reynosa es filosa, ni siquiera tan oscura. Provoca la sensación de que todo terminará pronto. Remata. Y eso que es una ciudad de paso. He aprendido a vivir con el hechizo de que esa noción no es para mí, y que el tiempo alcanza para algo. Las luces roja y azul de una

patrulla pasan de largo allá en el crucero. Esos oficiales, quizá menos pendejos, se hacen los despistados.

Salgo del carro. Le hago un guiño al Red, mientras sacudo la sal y enciendo un cigarro. Estoy junto a un grupo de encapuchados con armas largas. Recibo unas palmadas, no tan suaves, en la espalda. El confianzudo dice mi nombre, por la voz me entero, es El Andamio, un ex federal. Era parte del equipo de guardaespaldas del alcalde anterior, hemos coincidido en varias borracheras. Lo saludo y arranco, aquí no se puede platicar. Hay congestión de guardias. Voy entre la bola como incensario, echando humo de tabaco, hacia el departamento. Busco mi escena.

La dirección no aclara mucho, cinco departamentos de una planta con su cajón de estacionamiento, a la manera de los moteles. El resto de la cuadra se completa con pequeñas casas y su mínimo jardín enfrente. Una calle cualquiera cerca del parque de maquiladoras. Hasta el umbral nadie frena mi determinación. Pero tres sicarios estorban la entrada. Hacen de cortina. Resoplo frente a ellos sin que rompan su guardia. La ceremonia en el interior no me solicita.

Acurrucado junto a la pared está el muerto, un joven al que se le está saliendo la sangre por un agujero, o tal vez varios. Y El Chairó, un comandante veterano del cártel, lo contempla. No sé qué estoy viendo. El viejo está muy solemne sentado en una silla junto al cadáver, los guardias esperan órdenes y un gordo con cejas bien tupidas, que parece estar hablando consigo mismo, inspecciona la habitación. Lo que prima son los culos apretados en silencio. El difunto era moreno y delgado, no puede esconder que era pudiente pero ya disimula muy bien la inteligencia. Vuelvo a hacer crujir

la madera falsa buscando un ángulo para verle el rostro al caído. Objetivo no logrado. Como sea, el saldo es un cliente menos para los pantalones Armani.

Nadie aclara el protocolo, así que me quedo quieto. El trance debió suceder durante una fiesta, hay un desmadre de botellas de güisqui y latas de cerveza. La barra que divide la cocina de la sala está saturada de botanas y colillas de cigarro. En algunos vasos los cubos de hielo no terminan de derretirse. Una de las ventanas está abierta a pesar de que el aire acondicionado se esfuerza por mantener un ambiente polar. Hay una televisión y un equipo de sonido apagados, nomás la pantalla de una computadora portátil se empeña en mostrar figuras psicodélicas. Todas las paredes son blancas, no hay libros ni plantas, quedan claras las directrices para el decorado interior: holgazanear, coger y tomar.

Fijo la vista en el güey que se cree detective. Está sacando ropa de una mochila, alcanzo a ver que a las prendas todavía le cuelgan las etiquetas de la tienda. Mete la mano en todos los compartimentos del morral. El cabrón repara en mí y, con un ligero movimiento de cabeza, emite la orden de sacarme. Dos acomedidos me empujan hacia afuera con gusto.

—Estoy haciendo mi trabajo.

—Nosotros también —alega uno de ellos— si hace falta algo, te avisamos.

Ya no hago escándalo, ni que tuviera tantas ganas de trabajar de madrugada. En la casa me espera la regadera y el PlayStation. Pero antes, con el pretexto de una meada, rodeo el edificio. El patio miniatura de atrás, repleto de tiliches, está cerrado con una barda coronada por trozos de botellas de refresco. Mi límite es el marco de luz que sale de adentro,

no quiero ser descubierto como figón. En la reunión siguen sufriendo el silencio, veo que El Chairo alarga una mano y uno de sus hombres le pasa un radio, pero como si hubiese recibido un cetro, vuelve a su pose de reflexionar. Mientras descargo orina sobre una impresora vieja, las aspas de un ventilador y unas latas de pintura, distingo frente a la ventana abierta una mancha de sangre en el suelo y otra más en la barda. Las dos frescas. Ajusticiaron a alguien contra el paredón, es lo primero que pienso, pero las manchas de sangre en algunos cristales de la cima hacen que imagine otra posibilidad. Levanto los ojos, el cielo parece más lejano que de costumbre.

Regreso al frente con la bragueta a medio cerrar, ansioso de subir al Challenger. Cualquiera diría que el asesino está entre los tipos armados que merodean el lugar. ¿Para qué tanto barullo por un muerto? Me despido con tres certezas: un güerco murió, alguien intentó escapar y mi salario es insuficiente para especular que algo de justicia se logró en este departamento.

Circulo. Limpio con vueltas de llanta lo que sea que me percutió. Estaciono el carro frente a la casa. Por el juego de luces, entiendo que la vecina tiene la televisión de su cuarto encendida. Ya es tarde para visitarla. Abro la reja, pero en vez de dirigirme a la puerta, camino hacia la ventana del frente, como si quisiera espiar el interior de mi propiedad para confirmar que no me encuentro. Trepo. Alcanzo el techo de dos aguas sobre la cochera, avanzo con cuidado para no romper las tejas. Brinco a la terraza de la casa de la vecina y doy golpecitos en su ventana. Asustada, se asoma, sus ojos están enrojecidos. Le sonrío y me deja pasar.

—¿Qué haces?

—Te visito —respondo con tono misterioso.

Moquea, pero no siento ganas de preguntarle por qué. Me siento sobre el borde de su cama. En la tele dan un programa de entrevistas. Ella, muy pálida, se gira para verme, no se anima a más. Percibo que está muy cerca de lograr su objetivo: una metamorfosis para convertirse en rubia. Está descalza, sólo viste una bata corta. Admiro sus piernas delgadas, la pose de brazos cruzados, el pelo suelto. Se esfuerza por descongestionar su rostro, pero se le nota enrojecida. Finalmente, se sienta a mi lado.

Antes de que me vea cara de confidente la beso. Su lengua nos da vuelo. Entonces llega el apuro, mi mano derecha encuentra su entrepierna y se aventura. Intenta detenerme. Pero no hago caso y vuelvo a besarla. Sabe salada. Y, a la salida de un beso, anuncia que será mejor dejar de vernos. Terqueo. Alcanzo a robarle un par de roces de labios. Pero se aleja.

—¿Qué pasó?

—Ya te dije, no quiero que sigamos.

Medito que es mejor guardar silencio, esperar a que cambie de opinión. En la tele no logro reconocer al entrevistado, pero habla convencido de que ha causado mucho.

—Lo estuve pensando —dice— ya entendí, no tienes iniciativa.

Me toma desprevenido. Volteó a verla con interrogación.

—Lo único que sabes hacer es seguir órdenes.

Esta noche mis tiempos no son los correctos. Temprano allá y tarde aquí, o temprano aquí y tarde allá. Como actúo distraído reclama que debe dormir. Agrega que no quiere

que se despierte su hija, por eso insiste en que salga por donde entré. Vuelvo a jugar al Hombre Araña pensando si recibí o no un trato inmerecido. 1. ¿Será la brigada roja? Quizá. 2. ¿Tendrá a alguien escondido en el clóset? No lo creo. 3. ¿Acaba de ver una comedia romántica donde los sueños se hacen realidad? Fuerte posibilidad. Aunque estoy caliente, la alerta no llega. Mi sentido arácnido dice que mañana, el siguiente, o cualquier día después de este, podré volver a intentarlo. Regreso al suelo.



## 2

Lo que me rechinga de los mafiosos no son sus faramallas ni sus desplantes autoritarios, tampoco que algunos todavía tienen negocios con el ratón de los dientes y ya le andan jugando a los comandantes, mi colmo es que se sientan con el derecho de provocarme la justificación: son veinte para las once de la mañana según mi Casio apesta-muñecas y apenas estoy llegando. No me rasuré, no ando a la moda (o lo que ellos consideran vestirse *nais*), no recuerdo el resultado de ningún partido de la liguilla y, para desayunar, traigo café y un paquete de donas glaseadas que no quiero compartir. ¿Qué más debe hacerme sentir mal, desfasado o descarriado? Que se justifiquen los que ya le encontraron la maña, los que en vez de cola le ponen cuernos a los burros o los que para jugar pintan una rayuela en la espalda baja del prójimo. Al salir del carro vuelvo para asomarme por la ventanilla como si hubiera olvidado algo, siento algo de fastidio por hacerle tanto al pendejo.

En el patio, frente a la puerta de la delegación, encuentro al primer grupo: tres halcones haciéndole la barba a su jefe, y al costado, recargados en un árbol, un policía le habla con intensidad a un narco junior, seguro se está justificando.

—Buenas noches —dice al tiro el jefecillo del grupo.

Quiero seguir de largo, pero no me lo permito. Estos hijos de la chingada están presentes en todos lados: tránsito, protección civil, oficina fiscal, y un largo etcétera. Son las reglas. Un halcón es un individuo con gran capacidad para observar y hacer chisme, cuyo ingreso monetario compite con el mío. Ellos no deciden si la información que tienen es importante, eso lo decide el filtro, el zoquete del sector que confabula extorsiones o estrategias. Supongo que están tan cansados de mí como yo de ellos, pero les doy los buenos días, de mano y todo el pedo. Dos o tres comentarios para evadirlos, y cierro con la frase: ya saben, yo nomás me levanto y me desocupo.

El edificio está semivacío, somos un hazmerreír, antes esto era un mercado, gente yendo y viniendo, quejándose, chillando, rogando, todos creyendo que les resolveríamos algo. Ahora la gente no denuncia porque los otros se van a enterar de todo, y a los otros les gusta convertir ese todo en algo suyo. En aquél entonces yo creía que la situación estaba bien jodida, pero uno siempre se equivoca sobre esto: la situación no dejará nunca de sorprendernos en su ambición por joderse más. Voy hacia Karlita, nuestra oficinista principal, a la vez notificadora y alguna vez consuelo del procurador. A su lado, haciéndose pendejo con el celular, está sentado otro halcón. Hago como si no existiera y enfoco en ella, luego de darle los buenos días le pregunto sobre el tipo cabizbajo sentado en las butacas de la recepción, un güey con pinta de padre de familia a punto de la implosión.

—¿Y ese qué?

—Viene a entregarse.

—¿Y qué se supone que hizo?

—Dice que homicidio doble —responde con toda tranquilidad.

Lo observo, el pendejo está achicopalado, esperando su purgatorio. Siento la necesidad de hacer un comentario pero ya cansado de tanta urbanidad continúo mi camino en silencio. Sin quitarle la vista al que quiere ser procesado llego hasta la oficina del Dire, toco y abro sin esperar su respuesta.

—Buenos días.

Está leyendo, no responde al saludo, nomás avienta el periódico sobre el escritorio. Dejo mi cargamento para una satisfactoria mañana y, sin sentarme, leo: *La detención arbitraria, el robo, irregularidades en la procuración de justicia, así como golpes, injurias, violencia física (y los golpes no son violencia física o qué), amenazas, intimidación y otras vejaciones, son las principales causas por las que los tamaulipecos se quejan de las autoridades policíacas y ministeriales en nuestra entidad; asegura La Comisión de Derechos Humanos del Estado de Tamaulipas. Reynosa ocupa el primer lugar en el número de quejas que presentaron los ciudadanos...*

Listo, no necesito más, levanto el rostro.

—No debe tardar la llamada del Secretario.

Supongo que hoy ando corto de palabras porque de primera no sé qué decir: 1. Échele ganas: frase desechada. 2. Me avisa si tengo que recoger mis cosas: desechada. 3. Va a ver cómo se arregla todo: más que desechada. Le doy un sorbo al café, dejo que carbure el cerebro. Luego digo que vengan y hagan el jale los de la Comisión esa. El Dire suelta una risilla pero en realidad ignora el comentario.

—Necesito que hagas algo: localiza a este tipo y tráetelo detenido.

Sobre el periódico deja caer una carpeta, en el interior hay un par de hojas con datos y una foto.

—¿Y este güey qué hizo?

No responde, sostiene la mirada y entiendo, o creo entender. Recupero mi cargamento para una mañana digna y salgo del ambiente pesado de esa oficina pensando que por lo menos le bajé el periódico.

El dilema de la mañana se reduce a comerme las donas en la oficina o salirme a trabajar con todo y paquete. Si salgo, prefiero ir a comer tacos de don Yeyo (se anularía el plan de las donas, aunque caducan en tres años), y si hago concha, corro el riesgo de que El Dire me vea y deduzca que no tengo suficiente jale. Ya me comí dos donas pensando, sin disfrutarlas, y se desmoronó la parte de una dentro del café. Desdoblo el periódico en la sección Local: protesta de importadores y transmigrantes, no, el boom energético, no, INFONAVIT financia fraudes para reparación de vivienda, no, congresistas locales tendrán elección, no, Estados Unidos viola derechos humanos con perros de presa para migrantes, no, Reynosa asolada por los robacoches no, no, no y no gracias, estos cuentos saben rancios, aunque se venden con fecha de caducidad infinita.

La tercera dona es la que mejor sabe. Regreso a los papeles del Dire y lo primero que descubro es un problema en la intensidad del tóner. El cabrón en cuestión se llama Juan de Dios Espinoza, alias Caramuela. Detenido en varias ocasiones por robo, posesión de drogas, agresión y vandalismo. Seis meses de tutelar, varios intentos de rehabilitación. Remojo la última dona en lo que queda del café, que ya es una sopa espesa. Me preocupa un dato, dice: sin domicilio conocido. Aunque entre paréntesis se aclara que la zona centro y el barrio de la central de autobuses son sus áreas

de acción preferidas. No mames. ¿Cómo voy a encontrar a este desgraciado?

Repaso la foto, un tipo más para allá que para acá ve a la cámara: moreno, muy delgado, pelo al rape, 1.73 metros, todo el brazo izquierdo tatuado, los dientes incisivos superiores presentan una rotura en forma de triángulo, feo como la chingada, aunque a la chingada a lo mejor le alcanza para ser el papi chulo de algunas. Le pregunto al guëy a dónde prefiere ir primero, si a buscar un desayuno decente o a trabajar, pero el retrato me mira como si le acabara de decir que la noche anterior me desfloré a su hermana.